

NOTA DEL AUTOR

Nacidos en circunstancias de lo más variado, siempre a partir de viajes pero nunca de viajes realizados para convertirse en literatura de viajes después, estos textos vagaban como islas en un archipiélago fluctuante, esparcidos aquí y allá en lugares de lo más variopinto y bajo diversas banderas, casi sin conciencia de pertenencia ni de identidad, a su propia manera a la deriva. Reunirlos ha sido como hacer de todos ellos una embarcación única, una canoa, una barquichuela; calafatear las hendiduras de la quilla, y desde las corrientes a las que habían sido confiados encaminarlos en una dirección única: el viaje de un libro.

Espuria es, pues, la naturaleza de este navío, por más que compacta, de la misma manera que muchas personas forman una multitud. Y resulta curioso observar el puente de la embarcación: a veces hay un navegante solitario en el que creo reconocerme, otras veces estoy en compañía de Maria José, y en otras ocasiones no me cuento entre los viajeros y me limito a acompañarlos con los prismáticos desde la costa.

Y es que, a fin de cuentas, he viajado mucho, lo admito; he visitado y he vivido muchos doquieres. Y lo siento como

un enorme privilegio, porque posar los pies en el mismo suelo durante toda la vida puede provocar un peligroso equívoco, el de hacernos creer que esa tierra nos pertenece, como si no la tuviéramos en préstamo, al igual que todo en la vida lo tenemos en préstamo. Konstantinos Kavafis lo dijo en un extraordinario poema titulado «Ítaca»: el viaje halla su sentido sólo en sí mismo, en el hecho de ser viaje. Y ello supone una gran enseñanza si sabemos captar su verdadero significado: es como nuestra existencia, cuyo sentido principal es el de ser vivida.

Releo estos viajes que en cierto modo son las teselas del Viaje que he hecho hasta ahora. Algunos suscitan en mí alegría, otros, nostalgia y otros, añoranza. Muchos acarrear hermosos recuerdos: fueron (siguen siendo en la memoria) viajes muy hermosos. Pero tal vez falten los viajes más extraordinarios. Son los que no he hecho, los que nunca podré hacer. Que permanecen sin escribir, o encerrados en su propio alfabeto secreto bajo los párpados, por las noches. Después nos quedamos dormidos, y levamos anclas.

A. T.